

**Review / Reseña**

Riveros Ferrada, Claudio. *El proceso populista: momento, fenómeno y régimen. El caso que no fue: Chile (1932-1973)*. Raleigh: Editorial A contracorriente, 2018.

**Alexis Cortés**

Universidad Alberto Hurtado

Este libro, fruto de la tesis doctoral en sociología del autor, representa un esfuerzo denso, acucioso y competente de reflexión teórica y empírica sobre las (im)posibilidades de desarrollo del populismo en Chile. Su argumento asume los riesgos necesarios para un ejercicio innovador y polémico, con hipótesis y exposición claras, con un completa revisión bibliográfica y un adecuado respaldo empírico.

Es una investigación que, a mi juicio, contribuye significativamente al campo de estudios del fenómeno populista desde lo que se podría llamar una sociología político-histórica, amalgamando exitosamente el análisis documental y discursivo. Con ello, a pesar de concentrarse en una coyuntura político discursiva específica en Chile, el período entre fines de la década de 60 y los primeros años de los 70, que el autor identifica con un fenómeno populista que no logra institucionalizarse, su aproximación no episódica ni formalista lo previene de caer en la usual tensión entre modelo teórico y caso empírico típica en los estudios sobre el populismo.

El estado del arte sobre el populismo tanto a nivel general como local es completísimo y ampliamente crítico, hay ajuste de cuentas con la literatura *mainstream* del populismo y con los reduccionismos de la misma ampliamente reproducidos en Chile. El populismo no es solo forma discursiva, tampoco es un mero personalismo

anti-institucional, ni una forma más complicada de demagogia o irresponsabilidad económica ni un estilo carismático estrambótico de conducirse en política. Al mismo tiempo, el populismo debe ser estudiado evitando normativismos y lecturas enjuiciadoras.

Para Riveros, el populismo es un proceso con un contenido claro, identificándose con

un movimiento nacional-popular en el que se moviliza, mediante un líder, a un pueblo que pone en entredicho, por medio de una ruptura antagónica y una lógica polarizadora, el estado natural de cosas vigente. Movilización popular que está en permanente tensión para lograr su institucionalización, ya que está en busca de un reconocimiento que por mucho tiempo le fue negado. Todo ello, en un contexto de crisis hegemónica. (17)

En esa línea, me parece destacable la lectura que se realiza de Laclau, pues la propuesta es a partir de él pero también más allá, pues aunque se asume una perspectiva discursiva del populismo, al mismo tiempo se re-ancla esa discursividad a las condiciones de posibilidad estructurales y materiales para su realización. Junto con ello, Riveros rechaza la igualación de la lógica populista a la política misma, en tanto se comprende al populismo como una dimensión de ella. La concepción del populismo como un proceso, lo recupera también en tanto fenómeno.

Riveros ofrece además una propuesta analítica sugerente y dinámica que asume que el populismo es un proceso con tres dimensiones: hay un momento producido por una crisis hegemónica, un fenómeno populista que enfrenta ese momento con una articulación discursiva y finalmente hay un régimen que se construye solo cuando esa articulación pavimenta una llegada al poder que tensiona movilización e institucionalidad.

A partir de estas distinciones es posible replantear el cuestionamiento sobre si ha existido populismo en Chile de un modo que contraría un imaginario ampliamente divulgado por las ciencias sociales que sitúa al país como un lugar infértil y refractario para el populismo. El autor sostiene que es posible hablar de un fenómeno populista en Chile que no logró entrar en régimen, o sea, en Chile hubo un proceso populista incompleto. Con ese movimiento, Riveros da un paso fundamental para la desmitificación de la idea de excepcionalidad chilena.

Sin embargo, la noción de incompletitud del proceso populista chileno corre el riesgo de reproducir cierto efecto de “zapatilla de cenicienta”, según la feliz expresión de Moira MacKinnon, en la medida en que en la misma definición está contenida la perspectiva de un populismo integral o pleno cuando logra transformarse en régimen,

o sea una búsqueda, una vez más, de concreción de la construcción típica-ideal en un caso histórico.

El populismo es un proceso histórico que obedece a distintas condiciones de posibilidad estructural y agencial. Se podría decir que en ese argumento hay eco de la idea clásica de la situación revolucionaria con condiciones objetivas y subjetivas para su realización. Lo que, a su vez, nos lleva a preguntarnos por qué es lo que separa a una revolución de un proceso populista, aunque el autor da luces al respecto, me parece que el punto no está del todo resuelto.

Podría decirse que el libro muestra el paso de un populismo instituyente, una masa excluida que se moviliza y busca amplificar la definición de lo político a partir del empoderamiento popular, a un populismo instituido, es decir, una movilización y emergencia de un pueblo que deviene sujeto y que se sedimenta y calcifica en arreglos políticos estables a nivel de las instituciones. Es esta cuestión la que está presente cuando el autor emprende el ejercicio crítico de desmitificación de la excepcionalidad chilena “anti-populista”. En Chile a fines de la década del 60 se configura un proceso populista por la presencia de una crisis hegemónica y una articulación discursiva populista que colinda con el reformismo socialcristiano y el proyecto de transición socialista de la Unidad Popular. Aquí también resulta interesante el hecho de que la traza populista no está en un actor o en un proyecto aislado, sino que en el sistema político.

La explicación de por qué ese proceso no se completa en un régimen también es sugerente, no se debió a una institucionalidad partidista democrática—el autor afirma más bien que de hecho fue anti-democratizadora—sino a la incapacidad de Allende para consolidarse como un líder multclasista y por su negativa a superar la institucionalidad heredada. Sin embargo, en la tesis existe una tensión, pues si por un lado es contraria del excepcionalismo, al mismo tiempo afirma que Chile es un país estructuralmente anti-populista. Con ello termina por refrendar, en cierta medida, la idea de excepcionalidad.

Las críticas del autor a una democracia minimalista centrada en las instituciones son sólidas. Sin embargo, el carácter dinámico que el autor asume para describir los procesos populistas, contrastan con la mirada un tanto rígida, homogénea y pétrea que utiliza para describir a la clase dominante, al Estado y al modelo de desarrollo en Chile. La noción de “antiguo régimen” es la que mejor condensa ese sesgo. Para el autor, coincidiendo con Gabriel Salazar, la antigua oligarquía nunca cedió su rol dirigente, en buena medida porque la clase media fue siempre casi inexistente. La clase económica

con intereses cruzados cooptaría a la clase política consensuando un Estado de Compromiso y ésta última transforma a la política en un asunto de su exclusividad. He aquí la principal expresión de los *corsets* institucionales que impidieron que el populismo se enraizara, según la tesis del libro. Las trabas del sistema político a la democratización fueron afines y hasta cierto punto coincidentes con las trabas contra el populismo. Pero ¿cómo explicar el hecho de que muchas veces el populismo encuentra un ambiente favorable precisamente cuando el sistema político se vuelve insensible a las demandas populares? ¿Las tendencias desdemocratizantes del sistema político chileno no podrían ser vistas como posibles detonantes de procesos populistas, más que como su impedimento?

Este libro no viene a cerrar la discusión sobre el populismo, más bien al remecer la literatura del área y al poner a Chile en el mapa del populismo abre nuevas interrogantes y obliga a repensar el pasado reciente de la política chilena. El libro de Riveros muestra que a pesar del uso inflacionario que se ha hecho del concepto y que ha llevado a muchos autores a descartarlo por su laxitud y carga ideológica, el populismo teórica e interpretativamente sigue rindiendo.

Lo que no quiere decir que no haya que redoblar la vigilancia epistemológica frente a un término que muchas veces se usa para desacreditar cualquier forma de desvío frente al neoliberalismo, sino que además podría eventualmente desenfocar fenómenos aún más preocupantes como la reemergencia de gobiernos con rasgos proto-fascistas.

En ese sentido, la rigurosidad teórica y metodológica que muestra Riveros en su libro son un buen ejemplo de cómo tomar seriamente desafíos intelectuales de esa envergadura.